

ELECTRA

Revista semanal

SUMARIO

O todo ó nada, por Miguel Morayta.—La Pedagogía, por José Martínez Ruiz.—Castilla, por Manuel Machado.—La metarritmisis, por Miguel de Unamuno.—Letras portuguesas: Cristo, por Dias d'Oliveira.—Tute arrastrado, por Silverio Ianza.—Los cruzados de Thule, por Francisco Villaespesa.—Letras belgas: Canción, por Mauricio Maeterlink.—De política: En el salón de Conferencias, por Cristobal de Castro.—Letras italianas: Un sueño, por Gabriel D'Annunzio.—Intelectual (cuento), por G. Martínez Sierra.—En el templo de Hércules, por Salvador G. Anaya.—El Cristo ruso, por José Riquelme.—Letras austriacas: Aniversario; por Stefan George.—La verdad sobre la campaña de Cuba: Secretos, documentos autógrafos, negociaciones y misterios, por Raimundo Cabrera.—Cintarazos, por Mercutio.—De mala raza, por Enrique Paradas.—Triste herencia, por Rodrigo Soriano.—Cuestiones militares: Las maniobras de Carabanchel, por Joaquín Altamira.—Moisés, por Guillermo Valencia.—La semana: De la calle, por Adolfo Luana.—El Teatro y la vida: Los días de Moda, por Luis Algarinejo.—Letras francesas: La balada de la cabaña, por Paul Fort.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de Pizarro, 15 bajo.

MADRID

15 CENTIMOS.

Electra.

AÑO I.

Madrid, 4 de Mayo de 1901.

NÚM. 8.

O todo ó nada.

Así dijeron los progresistas en el año 1866, cuando después de agotar cuantos medios ponían en sus manos las leyes, se convencieron de que la reina Isabel II no quería trato alguno con ellos; y la Revolución de Septiembre se hizo al grito de ¡abajo los borbones!

Este éxito acreditó la fórmula cabeza de estas líneas; y hoy son muchos los políticos, cuyo ardoroso convencimiento les inspira el mismo grito de guerra.

Y hacen bien, tratándose de lo fundamental y esencialísimo: en ello no cabe término medio; no hay una casi-República, y por ende el republicano, en este particular concreto, no puede menos de pedirlo todo.

Pero existen otras muchas cosas, donde no sólo es lícito sino obligado, proceder por etapas. es decir, demostrar la conveniencia y la necesidad de todo, pero limitarse á exigir parte; y si es posible, lo que no pueda negarse, sin desconocimiento de la ley y de la justicia; no para reconocerse pagado con ello, y sí para que pueda servir como base de operaciones, para futuros avances; pues la política es la guerra, sin cañones ni fusiles, y en la guerra, los movimientos estratégicos valen más, en muchas ocasiones, que la resolución más arrestada, y la causa más patriótica.

Sugiéreme estas observaciones, la lucha anticlerical entablada desde los primeros días del último mes de Febrero; hoy nada tumultuosa, pero cada vez más honda y resuelta.

A ella concurren, de un lado, los carlistas, los íntegros, los vaticanistas, los neos, en suma, los que hacen del catolicismo vil mercancia, para alcanzar á su nombre posiciones, dinero é influencias, y de otro los católicos, para quienes la religión es necesidad de su espíritu, independiente de toda acción terrenal, los librepensadores, ó racionalistas que antes nos decíamos, y los francamente anticatólicos; algunos de los cuales son ateos y otros deidistas, pero enemigos de todas las religiones positivas.

Ni en el bando anticlerical, ni el clerical, existe unidad de miras; entre los clericales, son muchos los que consideran lo actual, pequeña parte de su programa, y entre los anticlericales, hay muchos

que se contentarían con una iglesia separada en absoluto de cuanto significa y son funciones del Estado, en tanto otros aspiran á la constitución de una sociedad, agena á todo culto y á toda creencia en Dios.

Por ser tan varias, si cada tendencia de uno y otro bando obra separadamente, sin considerar en sus afanes otros tantos aliados, todo sería posible, menos el avance de una ú otra tendencia. Por eso los clericales, siempre hábiles, van á una apoyándose mutuamente, exigiendo juntos cuanto pueden, para contentarse con ello algunos y adelantarse en su marcha los más insaciables.

Esta conducta debe servir de ejemplo á los anticlericales, juntos en una acción común y pidiendo aquello que es por todos aceptado, su fuerza será tan incontrastable, como débil é impotente si cada cual demanda todo cuanto constituye la integridad de su convencimiento.

He aquí la razón de la indispensable importancia de los meetings anticlericales, en estos dos últimos meses celebrados. En ellos ha habido muchos oradores que lo han pedido todo: pero en ellos se ha aprobado como conclusiones ó solicitudes dirigidas al gobierno, únicamente aquello en que coinciden la izquierda, el centro y la derecha.

Se entendió, que todo es imposible bajo la monarquía, y aun dentro de una república muy democrática; pues la República podrá afirmar un estado láico, pero no borrar del corazón de los españoles sus sentimientos religiosos, ajenos y aun superiores á toda forma de gobierno, y todos á una se limitaron á reclamar lo que el gobierno no puede negarles, sin aparecer descarado violador de las leyes vigentes.

Es necesario que nos hagamos fuertes en esta conducta: ó *todo ó nada* para lo fundamental, y *algo* para lo que no puede lograrse de un golpe. Vale más ser muchos para exigir *algo*, que no unos cuantos para demandar *mucho*. Es además, regla de conducta muy estimable sobre todo cuando otra cosa no es hacedera, ir de etapa en etapa, ó de lo poco á lo más.

Sostengan pues los anticlericales de todas las escuelas y de todos los matices, sus respectivas doctrinas; pero juntémonos todos en lo que á todos nos es común; ó más claro, en lo *menos*; que juntos lo conseguiremos, y lo demás se nos dará por añadidura, ó lo ganaremos persistiendo en nuestra campaña; y si todo se nos niega sistemáticamente, capacitados quedaremos para tomarlo sin auxilio alguno.

Miguel Morayta.

La pedagogía.

Principiemos por destruir universidades y academias, círculos instructivos y escuelas integrales. La pedagogía es el mal. La pedagogía mata la voluntad, coarta la iniciativa, arranca de la personalidad humana la audacia y el vigor, la vivacidad y el sentimiento. A lo largo de la infancia y de la adolescencia, van quedando en los sombríos salones de los colegios y en las aulas adustas de las universidades, los bellos y generosos arrestos del hombre nuevo. Poco á poco el carácter se amortigua y embota, y poco á poco la triste idea de la resignación con el ambiente de tiranías y mentiras, medra. En el colegio se reprime la audacia; en la universidad se combate la libertad. Dómines y catedráticos, batallan contra el templeamiento indómito, lo comprimen, lo atenacean, lo aferran, lo sujetan al secular prejuicio, le enseñan á ser «bueno», que es ser tonto, lo adiestran á ser «sábido», que es ser canalla...

Toda la obra de la pedagogía—tradicional ó modernista, rutinaria ó pestalozziana—estriba en la contradicción de la espontaneidad individual. Artera ó ingenuamente, el abominable maestro—abominable siempre—corrige á la naturaleza en sus desbordamientos y en sus ímpetus. Así, palia la generosidad é inculca la astucia, mitiga la franqueza é implanta la hipocresía, socaba el arrebató noble y acopla la insidia, recorta la fiereza é imbuye la urbanidad servil y bochornosa.

Y así, las ideas de monopolios y violencias, de prerrogativas y exenciones, las indestructibles ideas, van naciendo—y por herencia se consolidan—en la mente sin odios ni exclusivismos del infante. El silencio en los largos claustros, las lecciones solemnes, prolijas, pertinaces, la uniformidad en los actos más nimios, las horas de hosco estudio, los paseos acompasados, las comidas taciturnas, los exámenes humillantes, el respeto al maestro, todo, todo fortalece paulatinamente la idea de la Autoridad humana, y todo va paulatinamente entristeciendo y amargando la visión riente de la vida... «Abolizione della gioventú», llama con exacta frase Leopardi á la educación en sus *Pensiere*.

Luego, en la universidad, la duda y el desconsuelo se densifican. Filósofos y pedagogos han creado un formidable aparato de educación razonadora. A la simplicidad bárbara de la escolástica, ha sucedido la complicada barbarie del positivismo dogmático. Pedantones temerosos y hombres de buena fé, avanzan sobre el educando incauto armados de todas las armas de la novísima psicología pedagógica, y someten su cerebro á experimentos y caprichos fantásticos. La personalidad acaba de parecer á sus embates; la incertidumbre se afirma vigorosamente. Recorred los libros de los flamantes pedagogos universitarios; asistid á sus aulas. No encontraréis ni una idea confortadora y luminosa, ni un apasionamiento, ni una

audacia. Sus libros son eclécticas y soporíferas rapsodias, y sus discursos apologías de todo oportunismo victorioso. Las ideas «santas» permanecen incólumes entre la erudición de sus discursos y de sus libros, y las iniquidades de la economía y de la política, prosiguen amparados por los pedagogos novadores como por los escolásticos de antaño. ¡En cuántas cátedras de economía, la pretendida ciencia, no se juzga axiomática la absurda ley de Malthus, y en cuántas de derecho político, el pretendido derecho, no se tiene por eterna la monstruosa mentira del Estado!

Leguleyos y leguleyos manan incesantemente de esas famosas cátedras universitarias.

La tristeza de la inacción pesa sobre nosotros. España es un país de rábulas incipientes. Abrumados por el *no hacer*, desconcertados, ahitos del «concepto, plan y método» del derecho que tenazmente les han machaqueado en todos los cursos de la carrera y en las asignaturas de todos los cursos, giran los menos españoles errabundos y entristecidos por las destartaladas salas de los casinos provincianos sin *concepto*, ni *plan*, ni *método* para la vida...

No, no; no queramos pedagogía. Fomentemos el odio á la pedagogía enervadora. No queramos que las generaciones venideras sean tristes como nosotros somos tristes. Desertemos de universidades y academias; desoigamos á nuevos y vetustos pedagogos. Que nuestros hijos vivan la fiera, sana y libre vida de la naturaleza y el arte. Que sientan la alegría tumultuosa y la pasión hirviente, que gocen del deseo irreprimido y de la posesión fecunda. ¡Que sean sal vajes!

J. Martínez Ruiz.

CASTILLA

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas;
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos,
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón á piedra y lodo.
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas el postigo
va á ceder... Quema el sol... El aire abrasa...

Á los terribles golpes
de eco ronco, una voz pura de plata
y de cristal responde. Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules, y en los ojos lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

—Buen, Cid, pasad. El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrarán de sal el pobre campo
que mi padre trabaja.
Idos. El cielo os colme de ventura:
con nuestro mal, ¡Oh Cid! no ganais nada

Calla la niña y llora sin gemido;
un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros.
y una voz inflexible grita—; En marcha!—

El ciego sol la sed, y la fatiga...
Por la terrible estepa castellana
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—el Cid cabalga

Manuel Machado.

LA METARRITMISIS

Hay en el griego alejandrino y en el moderno una hermosa palabra: metarritmis, que significa «cambio de ritmo», ó sea transmutación de íntima estructura. Se halla empleada en el sentido de «reforma ó transformación», más ó menos íntima, pero en la fuerza de su composición, designa una transformación, la más íntima que en un sér cabe, puesto que es la de su ritmo, faz de su más honda estructura.

Alejáos un poco de todos esos humoristas y articulistas *vibrantes*, alejáos de sus dulzainescos chillidos, y, á cierta distancia, no parecen sus ecos apagadísimos, sino quejas de una víctima oprimida bajo el machaqueo del tambor. Quien no viva sumergido en el charco, no oye más que el salvaje tun-tún. Todos esos ministros de libertad literaria, chillan sin ritmo vivo, es cierto; pero esclavos del compás tamborileso. O dicho lisamente: por debajo de sus ingeniosidades chillonas y ágrias, se oye siempre el acompasado tun-tún de «las venerandas tradiciones de nuestros mayores». Son esclavos.

El rasgo más íntimo de esa juventud gedeonizada, es la *ideofobia*, el horror á las ideas. Y no tienen ellos toda la culpa: un *sabio* se ha hecho aquí cosa ridícula, y con motivo, porque parece sinónimo de macizo.

Cosa triste esa juventud respetuosa, adulatora de los hombres viejos y de las fórmulas viejas, del mundo viejo todo, envanecida del sol que reseca sus molleras. ¡El sol! Donde no hay aguas vivas, corrientes, mata toda vida; donde las aguas se estancan, las envenena. ¡El sol! Da de plano en los desolados arenales de Arabia, y se filtra, de refilón no más, en los frondosos bosques septentrionales.

Cosa triste una juventud á la caza de la recomendación y del cotarro (*coterie* en francés). Ellos se hacen sus prestigios, se los guisan y se los comen.

Nada más triste que una vuelta por el Sahara de Madrid, donde la centralización política ha recogido á los más de los jóvenes que se las buscan. Hay juventud *carlista*, *conservadora*, *ortodoxa* y *conservadora*, *heterodoxa*, *fusionista*, *republicana* de varios colores y colorines, meramente literaria, es decir, meramente cómica, artística, científica, erudita... toda clase de juventudes y ninguna joven. Crecen en ella á la par, como derivados concomitantes y paralelos del paludismo espiritual, la ideofobia y la logorrea: el horror á las ideas y la diarrea de palabras.

Y lo que sobre todo crece como la espuma, son los semanarios cómicos de toda clase, salinas del tan ponderado ingenio nacional, y mientras se intrinca por ahí fuera, allende el Pirineo, el bosque de revistas de toda clase, aquí no se revista sino antiguallas macizas. ¡Semanarios hay que, siendo rastro de todo lo más viejo, presentado por los espíritus más viejos, se llama *Nuevo Mundo*!

Dejémonos de todos esos tíos raros que nos traen estravagancias del Norte, y atengámonos al garbanzo castizo, fuente de salud ga-

ñanesca. Le pondremos salsa de novedades de revista de revistas, algunas frasecitas en lengua que no conocemos y unos cuantos nombres leídos en cualquier sitio.

Dicen que esta monarquía constitucional española es uno de los países más libres del mundo. Si, mientras ha habido tierra libre, tierra donde pudiera vivir anárquico el hombre, se esclavizaba á éste, porque era esto más fácil que poner barreras al campo. Pero una vez que se ha acotado bien esta tierra, una vez asegurado el poder del dios Término, celoso patrón del derecho de abusar, se han despertado los sentimientos humanitarios y la campaña abolicionista acaba rompiendo las cadenas del esclavo. Ya es libre, puede ir donde le plazca; pero á donde quiera que vaya, como no se arroje de cabeza al mar, el suelo será de otro y tendrá que someterse al yugo si quiere comer. Esclavizada la tierra, se liberta al hombre. Está ya acotado el campo—¡abajo las cadenas del esclavo!

El hecho histórico que acabo de exponer, se ha cumplido aquí en el campo espiritual. Han proclamado nuestra libertad de emisión del pensamiento, después de acotada y embargada la tierra toda espiritual de este pueblo; podemos expresar libremente nuestras ideas, pero clamando en el desierto, en lengua ininteligible, la voz de la Verdad. Una vez inoculada con la fiebre palúdica la ideofobia, ¡fuera el freno al pensamiento y viva la libertad! ¡Viva la libertad de expresión!—esto es:—¡Viva la diarrea palabarrera!

Parece lo natural que los jóvenes peleen por ideas jóvenes, no esclavizadas aún por la rutina. Parece lo natural, pero aquí los jóvenes, ó no pelean, y son los más, ó hacen que pelean por cobrar la soldada, ó pelean por cosas muertas ó por rutinizar lo nuevo y encauzarlo en el autoritarismo envejecedor, metiéndolo en encasillados y categorías.

No ha mucho que me hablaba con tristeza un hombre de buenas intenciones de las apostasias de la juventud, citándome casos de jóvenes que han claudicado por buscar un empleo, un acta de diputado ó una posición social. Procuré enterarme de los apóstatas y no había tal apostasia; no habían vendido ideales, porque jamás los tuvieron. Ni las frases son ideas, ni la *elocuencia logorréica* entusiasmo; no es humorista un prestidigitador de juegos de palabras, ni apóstol un orador de *meetings*.

Hay también en esta juventud los bohemizantes, el detritus del romanticismo melenudo, los borrachos que cultivan el arcáico convencionalismo de tronar contra los convencionalismos, siendo convencionales hasta el tuétano.

Y hay también, dicho sea en honor de la verdad y de la justicia, la obscura legión de los jóvenes modestos y graves, de sólidos conocimientos, de hábitos de abnegada investigación libresca, la legioncilla laboriosa y formal de los ratas de biblioteca ó de revistas, que compulsan con toda conciencia la fe de bautismo de algún olvidado ingenio de nuestros pasados siglos, de alguna lumbrera apagada de la ciencia española, ó el último trabajo *formal* que viene de fue-

ra. ¡Oh, jóvenes heroicos y de latitud de miras, hormiguitas de la cultura española! Parte de ellos cumple la tarea de adaptar al pantano las corrientes frescas y nuevas, es decir, de estancarlas. ¡Nobles forjadores de la rutina de mañana!

Para los más de nuestra juventud, no tiene existencia más que lo que de una manera ó de otra es oficial, no hay más ideas sociales que las expresadas en el Congreso, ó en los *meetings*, ó en los periódicos, ni más obras literarias que las que reciben el marchamo en sus aduanas críticas. Matan el tiempo en chacharear del último aborto senil de cualquiera de nuestros viejos monumentos en literatura, arte ó ciencia, ó en discutir qué joven rana puede entrar ya en la Real Academia—¡horror insignel

Son libres, nada se opone á la libre irradiación de sus ideas, si las hubieran conquistado; son libres, pero sin tierra espiritual, virgen y fecunda. Trabajan á jornal, bajo la mirada del capataz, y apenas se rebelan como no sea para pedir aumento de salario. Y ¡qué apego tienen al terruño de que son siervos adscritos! Jamás se les ocurre emigrar á nuevas tierras espirituales, á selvas, vírgenes en su mayor extensión todavía. Todo menos desasirse del viejo tradicional, del que fué de sus tatarabuelos, y es hoy de los amos que les explotan el espíritu, de los que les ponen á bailar y hacer funambulescas piruetas en la cuerda floja de nuestro salado ingenio nacional, para que el pueblo soberano pape moscas absorto. El que huye y se va á los campos libres, es un foragido, un vagabundo, un miserable ó un chiflado.

Esta es una sociedad cristalizada, en que los individuos se mueven sincrónicamente y á batuta en ejes fijos... ¡qué orden! No basta cambiar de postura con una revolución, ni de forma con una reforma: hace falta una metarritmisis que destruya su estructura psíquica íntima. ¡Pobre juventud intelectual española! Necesita ser metarritmizada. Queda toda la demás juventud, fresca y virgen, como base de continuidad fisiológica del pueblo. Una y otra juventud forman los elementos simples de nuestra constitución interna futura; de una suprema sacudida depende que, encadenándose de distinto modo que como lo están, brote de nuestra sociedad otra isométrica con ella y enteramente otra.

Miguel de Unamuno.

Letras portuguesas.

CRISTO

Nazareno suave y macilento,
todo lleno de unción y de dulzura,
Cristo sublime, fuente de ternura,
consolación de todo sufrimiento...

Te contemplo surgir pausado y lento
por los montes en flor. Tu vestidura
blanca, entre el verdor de la espesura,

y lee en el azul tu pensamiento.

¡Oh, pálido Rabí, qué bien seduces
con la dulzura de tu voz amena!
Tu verbo es luz encima de otras luces!

Por tí tengo saudades... Me da pena
mirarte en una cruz, entre otras cruces,
después de convertir á Magdalena.

Días d'Oliveira.

Tute arrastrado

Lo he leído, y lo creo: Romero Robledo ha dicho en Sevilla que es necesario apoyar al clero secular y *reventar* al clero regular. ¡Admirable!

Ya sabíamos que la repatriación de los frailes que nos ayudaron á perder las Islas Filipinas habría de enojar á los presbíteros, cuya influencia política y cuyas preces no impidieron que perdiésemos también la Isla de Cuba. ¡Cuestión de misas! Sabíamos que el súbito anticlericalismo de algunos caballeres, que por las faldas de los curas han subido á las cumbres del Estado, era una campaña de aristócratas explotadores, de fabricantes malos y de confesores sin penitentes, encubierta con una capa anticarlista para halagar á los altos poderes, y con una capa laica para halagar á los librepensadores. Entonces manifesté á Nakens mis temores de que *se hiciese el juego* de los párrocos; y Nakens, jefe nato y neto de los anticlericales españoles, me dijo: *venga el fuego del cielo ó de la tierra; sea rayo ó volcán: si se pierde un eclesiástico, eso hemos ganado*. Afortunadamente, vinieron al poder los fusionistas, y respiramos los frailes y yo con tranquilidad. Porque la mayor parte de los fusionistas aprendieron á leer en los amorosos brazos de los jesuitas, de los escolapios y de los agustinos; se valieron de la libertad (¡ah!) de enseñanza para hacerse doctores; y lograron una posición política con el sufragio llamado Universal, y con el dinero que les aportó al matrimonio su fusionista correspondiente, cuyo fusionista quiere olvidar que la primera peseta de su dote fué un ahorro del jornal de su abuelo, que esos ahorros se emplearon en la usura, crecieron con la explotación del obrero, y se multiplicaron en torpes contratas con la administración pública. La mayor parte de esas burguesas odia la democracia que es su vergüenza del pasado, y odia á los aristócratas cuya natural distinción las abochorna: no pueden colgarse la banda de María Luisa, y se cuelgan el escapulario de la Venerable Orden Tercera y la medalla del Sagrado Corazón.

Lo que hacen muy bien los fusionistas son campañas menudas como aquella en que me defendió (y le estoy agradecidísimo) don Francisco Romero Robledo, que era entonces la primera figura de la política española, porque ni quería *soportar* á Cánovas ni podía *coincidir* con Sagasta.

He dicho que sabíamos la verdad del actual problema de los religiosos, pero hay que agradecerle al Sr. Romero que ya sea pública y autorizada. Se trata de favorecer al párroco y de perjudicar al fraile: una especie de tute arrastrado; coger al fraile en medio, y levantarle los treses.

Pero el proyecto no prosperará. Los prelados ven que un ataque á los frailes producirá siempre un desprestigio de la influencia religiosa; los altos poderes temen que los frailes se vayan enseguida.

á la facción; los indiferentes no se explican la descortesía de molestar á unos señores á quienes hemos llamado, y hemos obsequiado hasta ayer con la mayor prodigalidad; y los que pensamos claro y hondo sabemos que el mal no radica en el convento, sino en el carácter religioso del Estado que produce una teocracia disimulada pero insoportable; y no queremos que el cura triunfe en su intriga porque mañana triunfará en cualquier otra intriga contra la libertad ó contra la patria.

¿Sabe el Sr. Romero Robledo cómo tendría éxito el proyectado tute? jugándolo entre cuatro: D. Francisco, sin vacilaciones, juega el rey, el Vicario General tiene que poner el tres de oros, el obispo, satisfechísimo, pone el as, y yo le fallo el as de oros al señor prelado.

¡Buena baza!

Silverio Lianza.

Los cruzados de Thule.

Son los cristos que enrojecen los laureles del Calvario con la púrpura triunfante de su sangre generosa; rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa, mirra que arde entre las ascuas de simbólico incensario.

Sonadores cenobitas que en el yermo solitario con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa; argonautas que navegan en la noche silenciosa tras el oro de un remoto vellocino imaginario.

Son los Cisnes que agonizan en el lago de los cielos; peregrinos que caminan por la noche de los hielos...

Están ébrios de nostalgias. Su mirada entristecida copia el rayo tembloroso que al morir la luna vierte. Marchan solos, y se pierden por las sendas de la Vida en silencio dialogando con la sombra de la Muerte.

Francisco Villaespesa.

Letras belgas.

CANCIÓN

—¿Y si él regresa y pregunta qué se le va á contestar?...

—Decir que se le ha esperado hasta morir de esperar.

—¿Y si no me reconoce y me interroga otra vez?

—Habladle como una hermana. Al quizás sufre también.

—¿Y si dónde estáis pregunta, qué se le va á contestar?

—Dadle mi anillo de oro y no responderle más.

—¿Y si interroga por qué está desierta la sala?

—Mostradle la puerta abierta y la lámpara apagada.

—¿Si del instante postrero me exige, al fin, que le hable?

—Decirle que he sonreído por miedo de que él llorase

Mauricio Maeterlink.

En el Salón de Conferencias

Llego al Congreso. Son las cuatro de la tarde y bajo la marquesina, flamantes y enguantados y ceremoniosos, están Vega Armijo y otro señor.

Hablan de elecciones. El Marqués parece prometer alguna cosa, y el otro señor—que debe ser un candidato sin encasillar todavía—tiene cara de ansiedad. Pienso que este hombre rico, tan peripuesto y con tantas sortijas, está, en este instante, tan angustiado y molesto por un acta, como yo lo he estado muchas veces por un duro. Y con mi inútil malicia de observador, recojo este detalle que me consuela y entro en los pasillos.

No hay nadie. La alfombra, espesa y blanda, da un templado calor de alcoba. En el *buffet*, aburrido y soñoliento, un ujier llena vasos de agua, y dos entrometidos llegan á pedirle papel y sobres. Trato de adivinar el *modus vivendi* de esas gentes extrañas á quienes hay que saludar por fuerza, de verlas todos los días de Dios. Son periodistas fracasados, aventureros con mala suerte, que viven á salto de mata y que se han atado á la tumbonería. Seguramente que esos hombres en algún sitio ganarían un jornal; pero prefieren andar así—eternos peregrinos de la desdicha—porque han visto que Fulano—que hace dos meses andaba como ellos—se ha calzado una secretaría particular ó un destino inamovible. La comedia de magia de nuestra política, rica en estos cambios de la suerte, les aplana, les chupa la voluntad y les arroja sobre aquellos sucios divanes. Estas pandillas de discutidores, son lo que *El Imparcial*, en su artículo del martes, llamó «mesnada periodística». Y es un dolor verlos pasivos, perezosos, sucios, con greñas, alzando el gallo á todo el mundo, llevando la voz cantante en los corrillos, sentando *jurisprudencia* en todas las disputas.

Conocen á todo bicho viviente; escriben todos los días un sin fin de cartas; fuman los cigarrillos de los candidatos de oposición—que tienen tanta largueza de filípicas como de Susinis—y traban amistades íntimas y provechosas. ¿Por qué? Creo estar en lo firme asegurando que porque nuestros políticos del Salón de Conferencias, en medio de su malicia industrial, tienen cierta candidez tarasconesca, cierta *bonhomie* familiar y honrada, de aquella que Daudet cantó en su prosa mágica y peregrina de *El Nabab*.

Pero, expuesto el hecho, conocidos estos parásitos sin fortuna, hay que defender valientemente á esa bohemia política y desastrosa. ¿Quién tiene la culpa de que ellos vivan así? ¿Quién ha de ser, sino el que echa mano de ellos para sus jugarretas? ¿Quién ha de ser, sino el que los lleva y los trae, dándoles de almorzar á cambio de que le revelen secretos y habillitas? ¿Quién ha de ser, sino el mi-

serable que, con un duro, les paga la indignidad de un suelto periodístico vergonzoso?

Los santones políticos, ensalzan á poca costa la honradez integérrima de su vida pública, y largan infames leyendas de *chantages* contra esas pobres gentes suicidas al no comer y al no vivir. Pero jamás uno sólo de nuestros dioses gobernantes ha confesado que pagó un duro para que se deshonrara á un hombre; ni que, á costa de esas deshonras, él se está dando vida de príncipe ruso.

Esto es infame, vergonzoso, bajo, rufianesco. No; no se debe, no se puede aguantar. El que un débil, un vencido, un desesperado, cambie de periódico, de partido, de ideas, se comenta y cunde por todo Madrid. Y el infeliz que por comer lo hace, es un sinvergüenza, un hombre indigno, un *sablista*.

En cambio, casi todos nuestros prestigios de la prensa y de la política, han cambiado siempre que les ha tenido cuenta. Y muchos ministros y exministros fueron republicanos antes, y muchos generales se han sublevado, y casi todos los obispos han favorecido á los carlistas... y casi todos los que hoy se rien de que un hombre se venda por un almuerzo, se han vendido antes ¡por un cigarrol...

Gracias á que la juventud que vale, desprecia profundamente esta política de magia y de trampa. Esto me consuela. En los divanes del Salón de Conferencias he visto á pocos jóvenes soñar lo con secretarías particulares... Pero á veces pienso, con verdadero terror, que si ha de seguir esta vida política, y la juventud valerosa se encastilla en su *intelectualismo*, tendremos de mangoneadores de a mos de ministerios, diputaciones y alcaldías, á esa taifa de D. Lindos que ahora tiene empleos de doce mil reales y que mañana, corriendo el escalafón de las influencias, serán los oligarcas tan temidos por Costa.

¡Y lo peor de todo sería que tuviéramos que ir á pedirles algo! También está en lo posible.

Cristóbal de Castro.

Letras italianas.

UN SUEÑO

Estaba muerta, sin calor. La herida era visible apenas en el flanco: ¡estrecha fuga para tanta vida!
El lienzo funeral no era más blanco que el cadáver. Jamás humana cosa verá el ojo, más blanca que aquel blanco.
Ardía Primavera impetuosa los cristales, do cinifes inermes golpeaban con ala rumorosa...
Huyó de ella el calor. Yo dije: ¿Duermes?
¿Duermes? Y al recordar que aquel acento no era el mío, me crispo de pavora.
Escuché. Ni un murmullo, ni un acento.

Cautivo de la roja arquitectura se dilataba en el bochorno un fuerte olor á destapada sepultura.
El hábito invisible de la Muerte me estaba sofocando en la cerrada habitación. A la mujer inerte ¿Duermes? lo dije. ¿Duermes? Nada, nada.
El lienzo funeral no era más blanco...
¡Sobre la tierra de los hombres, nada verá el ojo más blanco que aquel blanco!

Gabriel D'Annuncio.